



La identidad masculina de Augusto como
génesis del conflicto
en *Niebla* de Miguel de Unamuno

Yolanda Melgar Pernías

University College Dublin

Resumen: Mucha tinta se ha vertido en la descripción del conflicto del personaje protagonista de *Niebla* (1914) Augusto Pérez desde las más variadas perspectivas: filosóficas, psicoanalíticas, autobiográficas o religiosas. Estas interpretaciones, sin embargo, tienden a enfatizar la dimensión “humana” del personaje como sujeto abstracto o universal sin tener en cuenta su particularidad genérica. En este breve estudio me propongo echar una mirada analítica sobre un aspecto que, a mi entender, no ha sido enfatizado suficientemente por la crítica: la consideración del protagonista de *Niebla* desde el punto de vista de su identidad, no ya de “ser humano” en conflicto, sino de “ser masculino” en conflicto en el seno del orden patriarcal de la sociedad española de principios de siglo.

Palabras clave: Miguel de Unamuno, nivola, Generación del 98, estudios de género

La “nivola” *Niebla* (1914) de Miguel de Unamuno ha sido estudiada en numerosísimas ocasiones desde muy variadas perspectivas. Mucho se ha escrito sobre la problemática del personaje protagonista, Augusto Pérez, representante del ser humano en conflicto que toma conciencia del dilema de la existencia. [1] La extensa bibliografía existente sobre esta obra da cuenta de su riqueza y de su popularidad de entre las novelas unamunianas. En consecuencia, decir algo nuevo acerca de ella o de su personaje puede resultar a estas alturas hartamente complicado. En este breve estudio, sin embargo, me propongo analizar un aspecto que, a mi entender, no ha sido tratado con detenimiento por la crítica: la consideración del personaje protagonista de *Niebla*, Augusto, desde el punto de vista de su identidad, no ya de ser humano en conflicto, sino de hombre (como especificidad genérica) en conflicto, ya que Augusto no es sólo un ser humano, sino también, y quizás primordialmente, un hombre.

El Augusto del principio de *Niebla* es un mero paseante de la vida, o, mejor, de la niebla de la existencia. Como observa Geoffrey Ribbans, Augusto

no va hacia ninguna parte, no sigue ningún camino, sino que se pasea sin objeto determinado. Su vida está envuelta en la niebla de la inconsciencia [...]. A causa de esta niebla no ve nada claro, y está completamente absorto en la dulce rutina diaria (Ribbans 1971: 112).

La vida de nuestro protagonista es producto de la inercia, y, en consecuencia, él no toma parte activa en ella. Esta idea queda ilustrada desde el principio de la obra, ya que la primera acción que Augusto lleva a cabo en la novela -la de extender el brazo en un ademán que habría podido ser de decisión- no es tal, sino algo totalmente pasivo:

Al aparecer Augusto a la puerta de su casa extendió el brazo derecho, con la mano palma abajo y abierta, y dirigiendo los ojos al cielo quedóse un momento parado en esta actitud estatuaria y augusta. No era que tomaba posesión del mundo exterior, sino era que observaba si llovía (21)

Augusto, pues, no “toma posesión del mundo exterior” sino que simplemente observa, lo cual nos lleva a otro rasgo que define a nuestro protagonista: su preferencia por la contemplación sobre la acción. Recordemos su “La función más noble de los objetos es la de ser contemplados ¡Qué bella es una naranja antes de comida!” (21), actitud esteticista que procede de su pasividad y de su carácter de hombre no comprometido. Estos detalles nos conducen fácilmente a la idea de que el Augusto que nos encontramos al principio de *Niebla* lleva una vida vegetativa,

inconsciente, envuelto en la nebulosa de una existencia sobre la que no ejerce control ninguno.

A partir de lo visto anteriormente, podemos afirmar que la identidad de Augusto está constituida por una negación de las características que, tradicionalmente, se han atribuido a la “masculinidad hegemónica” en el entramado patriarcal: [2] nuestro protagonista es un hombre contemplativo que no actúa ni controla la realidad que lo rodea (de hecho no ejerce siquiera profesión alguna) y cuyo yo está constituido por un deseo inconsciente de escapar de la razón, el enfrentamiento y la lucha. [3] Stephen M. Whitehead nos recuerda que “for the masculine subject to become a man, it must appropriate the “ideal” meanings of manhood circulating within that subject”’s particular cultural setting and “communities” (Whitehead 2002: 214). El hombre Augusto no se ajusta al ideal de masculinidad (o “masculinidad hegemónica”) del orden patriarcal en que se inscribe la obra, con lo que su identidad masculina se mantiene en la niebla, en el “no ser”. Tal identidad definida en negativo lo lleva incluso a cuestionarse su visibilidad con respecto a los demás, y así le dice a su perro Orfeo: “Muchas veces se me ha ocurrido pensar, Orfeo, que yo no soy, e iba por la calle antojándoseme que los demás no me veían” (46), cuestionamiento que procede de su carencia de los atributos que idealmente lo definirían como hombre.

Todos estos rasgos de la personalidad del protagonista corresponden al Augusto “niño” del principio de *Niebla*, que aún no ha asumido su papel de hombre. Durante esa etapa “infantil”, la dificultad que Augusto tiene para comprometerse y para ser tiene su origen en la relación que el personaje tiene con su madre, mujer protectora en extremo con su único hijo que lo ve como el eterno niño, lo cual impide a éste desarrollar su personalidad. [4] Como señala Blanco Aguinaga, una vez que la madre de nuestro personaje está muerta, empiezan sus tribulaciones al encontrarse solo en el mundo sin la esfera protectora materna (Blanco Aguinaga 1959: 129). Como resultado, Augusto se da cuenta de la necesidad de despertar de su sueño de inocencia, de su deber de salir de la niebla: “Tengo que tomar alguna determinación [...] esto no puede seguir así” (41). Según el mismo crítico, su urgencia de entrar en la esfera de la acción y la voluntad se debe a que Augusto sabe que el mundo exige acción (Blanco Aguinaga 1964: 189). Esta acción, sin embargo, en un orden en que el ser femenino se define por los rasgos normativos de pasividad, dependencia y afectividad, es una exigencia del orden social específicamente dirigida al ser masculino. Sostenemos, por tanto, que la necesidad de Augusto de tomar conciencia y actuar es una urgencia que deriva de su género, de su ser hombre en un entramado social y cultural en que la identidad masculina se define en calidad de sujeto. Es por ello que para Augusto es imperativo ser “como los demás hombres”, y así exclama: “¡Tengo que demostrarles, Orfeo, que soy tanto como ellos!” (59).

Para ser “como los demás hombres” Augusto sabe que necesita adoptar los rasgos de actividad, decisión y voluntad que definen la masculinidad según los dictados sociales, y éstos son precisamente los rasgos que Augusto va a intentar adoptar en su nuevo papel en la vida. Este nuevo papel va a ser el de solterón en busca de pareja, ya que para afirmar su identidad él sólo no se basta: para ello necesita de la mujer, el “otro” (o, mejor, “otra”) que consolida al ser masculino. Esa mujer viene a encarnarse, casualmente, en Eugenia. Si bien el encuentro con ella es todavía puramente azaroso, lo que refleja las dificultades que todavía halla Augusto para salir de la niebla en esta incipiente fase de su despertar, ya aquí “empieza el proceso lento y vacilante de verse comprometido con la vida” (Ribbans 1971: 115), pero no sólo en calidad de ser humano, como se postula tradicionalmente en los estudios críticos, sino en calidad de su ser masculino.

En adelante Augusto tendrá que actuar como un hombre, es decir, hacer y decidir. Ahora siente nuestro protagonista la necesidad de actuar y la importancia de la voluntad en su definición como hombre: “Nihil cognitum quin praevolitum” (32).

Como tal, Augusto tiene ahora que conseguir conquistar a Eugenia, casarse con ella y saldar la hipoteca que ésta tiene, [5] es decir, debe comprometerse con la vida, convertirse, a fin de cuentas, en el héroe masculino de la novela (o “nivola”) que él debe escribir. Todos estos actos lo convertirán en sujeto, condición que lo convertirá en hombre y que “will normalize his existence, will give it substance, by making him more like those around him” (Blanco Aguinaga 1964: 193).

Su intento de normalizar su existencia como hombre está, no obstante, condenado al fracaso: la mujer no lo afirmará como sujeto, sino que, por el contrario, le hará cuestionar a Augusto su identidad masculina y, en última instancia, la acabarán minando, lo cual provocará una crisis de identidad en el personaje que desembocará en la muerte. [6] Analicemos algunos de los aspectos relevantes al respecto.

Como señalamos, la búsqueda de esposa por parte de Augusto responde a su necesidad de ser hombre, de ser como los demás. Lo que él busca, no obstante, no es una esposa, sino una madre que sea fiel reflejo de la figura materna dominadora y posesiva que tuvo en realidad. Esta anomalía le viene a Augusto de nuevo de la ideología aprendida de su madre, que le exhorta a casarse con una mujer que sea como ella, es decir, “que sea ama. Hazla dueña de tu corazón, de tu bolsa, de tu despensa, de tu cocina y de tus resoluciones. Busca una mujer de gobierno que sepa querer... y gobernarte (33). De este modo, según apunta Feal Deibe, la madre sienta “las bases de una desfavorable relación, en el futuro, de Augusto con el sexo opuesto. Para responder al modelo establecido por la madre, Augusto tendrá que colocarse, frente a la mujer, en una situación de debilidad, de completa dependencia (Feal Deibe 1976: 81).

Recordemos, como ilustración, el episodio en que Augusto se dirige a casa de Eugenia para proponerle matrimonio. Le flaquean las fuerzas cuando encuentra a su “amada” en la escalera: “El pobre hombre, que había ido con aires de experimentador, sentíase ahora rana” (133). Y después, cuando ya Eugenia se muestra dispuesta a casarse con él, piensa éste: ¡rana, rana completa! Y me han pescado entre todos” (135). Augusto, pues, planea afirmarse como sujeto, como “experimentador”, pero su debilidad lo convierte en objeto, en “rana”. Vemos así que Augusto no puede superar la posición pasiva respecto a la mujer, no es capaz de afirmarse autónomamente -de desgajarse de la niebla que lo rodea. En este sentido la mujer representa un riesgo para la identidad masculina de Augusto, que, de nuevo, aparece cuestionada. Como observa Feal Deibe, “la forma específica en que [Augusto] siente su amor revela componentes regresivos, que conducen al hombre a una nueva niebla o simbiosis no muy diferente de aquella que pretendía dejar” (Feal Deibe 1976: 84). Veamos ahora dos sucesos que prueban estas aseveraciones.

El primero de ellos corresponde al episodio en que se produce un encuentro sexual no consumado entre Augusto y Rosario. En este encuentro el protagonista trata de afirmar su identidad a través de la pasión y el sexo, intentado ajustarse con ello a la conducta sexual que se asigna al hombre en el sistema regulador del patriarcado, contiguo con un sistema de valores que, en palabras de Luis Bonino, está centrado en “un predominio del deseo de dominio, un deseo sexual legitimado y vivido como autónomo [...] y un vínculo con las mujeres en las que se las considera sobre todo como objeto (de mirada, deseo o utilización)” (Bonino 2000: 50). El intento de Augusto, no obstante, resulta un fracaso, ya que éste, siguiendo las lecciones de su madre, siente temor ante la sexualidad. [7] Como dice Rosario, “Este hombre no me parece como los demás” (128). Sobre este episodio reflexiona el protagonista: “He estado ridículo, ridículo, ridículo...” (128), “¿Qué habrá pensado de mí? (129). Augusto, pues, no ha sabido representar el papel al que debería conformarse como hombre, y, como resultado, siente la humillación y el bochorno de haber expuesto su falta de hombría ante la mujer.

El segundo episodio nos lleva naturalmente a la otra mujer de la novela, Eugenia, que se burla de Augusto al dejarlo plantado antes de la boda y fugarse con Mauricio, su supuesto ex-novio. Ello provoca en Augusto una crisis definitiva: Augusto creía haberse emancipado de su papel pasivo, pero ahora la mofa de Eugenia representa una amenaza definitiva para su identidad, la amenaza de la no existencia como hombre, es decir, como sujeto que decide y controla. Así exclama Augusto: “-Es que no me duele el amor; ¡es la burla, la burla, la burla! Se han burlado de mí, me han escarnecido, me han puesto en ridículo; han querido demostrarme... ¿qué se yo?..., que no existo” (146)

A través de este conflicto de su ser masculino, que, a causa de la mujer, parece a punto de volver a perderse en la niebla del “no ser”, Augusto teme perder los atributos que lo definen como sujeto, y convertirse, por ende, en un ser desencabezado, en un “no ser”. Augusto aparece entonces atrapado en la dialéctica del hombre que debe afirmarse en su virilidad (su “deber” como hombre), pero cuya identidad masculina corre el peligro de ser aniquilada. Tal conflicto provoca una profunda crisis en Augusto causada por el abismo que existe entre el “ser” propio del personaje -su “no ser” hombre según la definición normativa-, y el ser masculino que le impone la sociedad -el “deber ser”.

A consecuencia del dolor que le causa esta crisis, vuelve Augusto a sentir el deseo de volver a la niebla y así a la paz de la esfera protectora materna, esto es, vuelve a desear ser un “no ser”: “Y se encerró en su cuarto. Y a la vez que las imágenes de Eugenia y Mauricio, presentábase a su espíritu la de Rosario, que también se burlaba de él. Y recordaba a su madre” (145). El conflicto es, sin embargo, que este deseo suyo de fundirse en la niebla y “no ser” le lleva a no ser hombre y a representar exactamente lo opuesto de lo que la sociedad considera lo propiamente masculino. Ante ello, Augusto aserta patéticamente su masculinidad negativa: “Se echó sobre la cama, mordió la almohada, no acertaba a decirse nada concreto, se le enmudeció el monólogo, sintió como si se le acorchase el alma y rompió a llorar. Y lloró, lloró, lloró. Y en el llanto silencioso se le derretía el pensamiento” (145).

Como vemos, pues, por un lado, Augusto desea volver a la niebla y así “no ser”. Por otro lado, también sabe que es su deber afirmar su voluntad como hombre. Ambos deseos, de cualidad contraria, los va a ver cumplidos nuestro personaje a través de la solución con la que da en su conflicto: el suicidio, que es la única salida que halla su lógica masculina: “Tengo mi carácter, mi modo de ser, mi lógica interior, y esta lógica me pide que me suicide...” (154). [8] La idea del suicidio tiene de este modo dos implicaciones contrarias, las cuales revelan la dialéctica del hombre Augusto.

Por un lado, el suicidio representa la necesidad del ser masculino de Augusto de afirmar su voluntad y control, responde al “deber ser” al que Augusto se debe ajustar: es la garantía de la existencia de su yo masculino. En efecto, Augusto se siente alarmado ante la posibilidad de no ser más que mero objeto (o “rana”) en una sociedad que pregona que el papel del hombre es el de sujeto (recordemos su tantas veces repetido “Yo soy yo”). Para ser sujeto, nuestro personaje es consciente de que tiene que imponer su capacidad de control y su voluntad de decidir, es decir, su identidad debe ser impositiva, por lo que el suicidio, como acto de afirmación, se le presenta a Augusto como solución a su problemática. Su urgencia de control, pues, responde a una necesidad, no humana, sino masculina. Así, desde este punto de vista, ya no encontramos a un ser humano en conflicto que pretende salvaguardar la libertad humana a través de la decisión del suicidio, sino a un ser masculino en el devenir de la sociedad patriarcal que, en virtud de su género, siente el deber de rechazar la posibilidad de convertirse en objeto y, por ende, la obligación de hallar una forma de imponer su voluntad. La idea del suicidio en este sentido refleja, una vez más, el fracaso de la “masculinidad hegemónica”, una masculinidad que prefiere ser sujeto

en el “no ser” de la muerte, esfera que, inevitablemente, convierte al individuo en objeto.

Por otro lado, el suicidio simboliza una liberación del yugo de la masculinidad tradicional, una renuncia de la razón consciente, un deseo de paz y de “no ser” que le llevará de nuevo a la niebla de la inconsciencia. Esta segunda implicación está asociada con la imagen de Augusto al final de la novela, que muere desnudo “del todo, del todo” tras decirle a su sirviente: “Déjame como mi madre me parió, como nací” (162). En este pasaje, que refleja una imagen “poco masculina” del hombre, vemos cómo nuestro protagonista expresa su deseo de volver mediante la muerte a la protección del seno materno (donde no debe ser hombre), de liberarse en el sueño de la inconsciencia, confirmando así la abdicación de Augusto de la razón, de la lucha, y así de su identidad masculina. [9]

] De ese modo, el suicidio nos confirma nuevamente la identidad de Augusto como seno del conflicto entre el “ser” y el “deber ser”, esto es, el conflicto que hemos venido observando hasta ahora entre el “ser” tal y como es definido por el individuo y el “deber ser” que le exige la sociedad. Unamuno, además, problematiza aún más este conflicto al ponerlo en relación con su creador. En este caso, la problemática del hombre en la sociedad patriarcal adquiere dimensiones grandiosas, y por ende, más ironizadas, al cuestionarse la identidad del ser masculino en relación con el orden establecido, con el que la ingenua omnipotencia masculina tiene la osadía de enfrentarse.

Al final de la novela se queda el lector con la duda de si la muerte de Augusto ha sido producto del suicidio o de la determinación de su creador. En ambos casos, sin embargo, el resultado es igualmente trágico: Augusto volverá al espacio de la niebla, del “no ser”, pues, aún en el caso de que se haya suicidado, no podemos llamar triunfo a una muerte autoimpuesta a consecuencia del delirio masculino de afirmar la voluntad propia.

En conclusión, con este estudio hemos querido sugerir otra interpretación que no insiste tanto en la problemática del ser humano como ente abstracto, sino en la problemática del ser masculino inmerso en el ordenamiento social patriarcal. Desde este punto de vista, la génesis del conflicto de Augusto está enraizada en su especificidad de género, que le lleva a una dialéctica permanente entre su “ser” como individuo y el “deber ser” que la sociedad establece como propio del hombre, “deber ser” que corresponde al papel que Augusto se esfuerza por adoptar sin éxito a lo largo de toda la novela. Este abismo entre el “ser” y el “deber ser”, entre el yo y el mundo, tan típico de las obras unamunianas, constituye en mi análisis el origen de la tragedia del personaje protagonista. [10] Quizás podamos ir más allá y decir que *Niebla* es una representación de lo precario de las relaciones entre el hombre y la mujer en la sociedad patriarcal, donde la comunión entre los sexos no es posible, donde no pueden existir relaciones basadas en un amor leal y sincero, como el amor que ofrece el perro Orfeo, entre hombre y mujer. [11] En este sentido, el Augusto de *Niebla* sería representación del hombre que, encerrado en la prisión que el patriarcado le impone, llega a conocerse en toda su realidad como ser masculino, que, para salvarse, no halla más salida que la muerte.

Notas

[1] Véase, por ejemplo, el estudio clásico *Miguel de Unamuno* de Julián Marías.

- [2] Partiendo de un concepto plural de masculinidad, R. W. Connell llama “masculinidad hegemónica” a aquella que “occupies the hegemonic position in a given pattern of gender relations” (Connell 1995: 76).
- [3] Para una síntesis de los rasgos propios de la “masculinidad hegemónica” en el orden patriarcal, véase el artículo de Carabí citado en la bibliografía.
- [4] Carlos Blanco Aguinaga considera el hecho de que Augusto sea hijo único como el origen de la tragedia del personaje (Blanco Aguinaga 1959: 129).
- [5] Recordemos que la acción de saldar la hipoteca es considerada por Eugenia como “una hombrada” (80).
- [6] La visión de la mujer como ser fuerte y de personalidad definida contrasta con la imagen que se da del protagonista de *Niebla* o de otros personajes masculinos de la novelística unamuniana. Me parece acertada la aserción de Carlos Feal Deibe, que señala que en la obra de Unamuno “la dominadora -señora y ama- natural es la mujer” (Feal Deibe 1976: 84). Otra cuestión es reflexionar sobre los fines que esta imagen tenga en la obra de Unamuno, que dudamos que fueran precisamente de orientación feminista.
- [7] En efecto, el temor de Augusto hacia la sexualidad le ha sido inculcado por su madre, cuya actitud similar de disgusto frente al sexo se adivina en la reacción de ésta a la fisiología: “La fisiología le causaba horror, y renunció a tomar sus lecciones a su hijo. (...) Todo esto es muy feo, hijo mío” (39).
- [8] Es curioso que Unamuno haya elegido un suceso tan ridículo como la mofa de Eugenia para encaminar a Augusto al suicidio. El hecho de que este episodio esté relacionado con la identidad masculina de Augusto y con la relación entre los sexos constituye una prueba de la tesis que intento demostrar en este estudio.
- [9] Como nos dice Blanco Aguinaga, aquí Augusto está “asociado con el concepto del desnacer, el adormecimiento del inconsciente, traducido en el retorno simbólico al vientre de la madre” (en Parker 1980: 205-6).
- [10] Naturalmente, esta interpretación no invalida ni excluye las clásicas orientaciones interpretativas de carácter no genérico que se han hecho de esta obra.
- [11] Si echamos un vistazo a las historietas intercaladas a lo largo de la novela, las cuales se refieren todas a la relación entre el hombre y la mujer, podemos confirmar esta característica de *Niebla*.

Bibliografía

Blanco Aguinaga, Carlos (1959): *El Unamuno contemplativo*. Colegio de México, México.

_____: “Unamuno’s *Niebla*: Existence and the Game of Fiction”, *Modern Language Notes*, 1964, 79, 188-205.

Bonino, Luis: “Varones, género y salud mental: deconstruyendo la “normalidad” masculina”, en Marta Segarra y Àngels Carabí (eds.) (2000): *Nuevas masculinidades*. Icaria, Barcelona, 41-64.

Carabí, Àngels: “Construyendo nuevas masculinidades: una introducción”, , en Marta Segarra y Àngels Carabí (eds.) (2000): *Nuevas masculinidades*. Icaria, Barcelona, 15-27.

Connell, R. W. (1995): *Masculinities*. Polity Press, Cambridge.

Feal Deibe, Carlos (1976): *Unamuno: “El otro” y don Juan*. Cupsa, Madrid.

Marías, Julián (1997): *Miguel de Unamuno*. Espasa Calpe: Madrid.

Parker, Alexander A. “En torno a la interpretación de Niebla”, en Antonio Sánchez Barbudo (ed.) (1980): *Miguel de Unamuno*. Taurus, Madrid.

Ribbans, Geoffrey (1971): *Niebla y Soledad: Aspectos de Unamuno y Machado*. Gredos, Madrid.

Unamuno, Miguel de (1995): *Niebla*. Santillana, Madrid.

Whitehead, Stephen M. (2002): *Men and Masculinities: Key Themes and New Directions*. Polity Press: Cambridge.

© Yolanda Melgar Pernías 2008

Espéculo. Revista de estudios literarios. Universidad Complutense de Madrid

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo